SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 18 DE MARZO DE 2001
Turismo 12

Un valle romántico

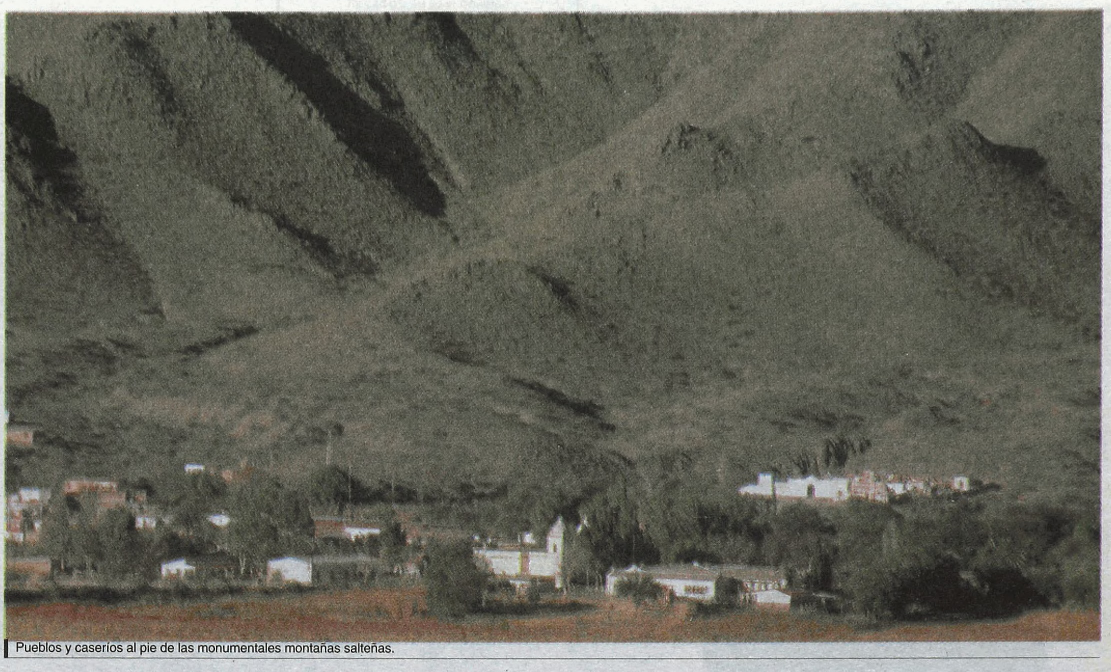
En los Alpes italianos, el Valle D'Aosta y las luces y sombras del Monte Bianco, el más alto de Europa.

Noticiero

Mar Chiquita nos cuenta...



Aunque hay maneras y maneras de promocionar un lugar turístico, es bastante frecuente que se caiga en los lugares comunes. Por eso sorprende gratamente que la ciudad de Mar Chiquita haya elegido contar episodios de su historia en las gacetillas que envía. Y esta semana nos cuenta que "allá por 1816 el gobierno estableció los criterios para los osados que desearan establecerse al sur del Salado. Cada predio: doce leguas cuadradas como mínimo, pero no mayores de cien leguas cada una. Juan Manuel de Rosas fue uno de los primeros estancieros de la región. El río Salado servía de límite natural para mensurar la superficie, y fue así como en 1825 la zona se dividió en 17 partidos con sus respectivos juzgados de paz. Así, en 1839 se creó el partido de Mar Chiquita". Datos de la historia que se aúnan al campo, mar, dunas y lagunas chiquitenses para hacer más interesante un fin de semana diferente. Informes: Secretaría de Turismo: 0223 460-2433. turismomch@cotelnet.com.ar www.marchiquitadigital.com.ar



Pueblos y caseríos al pie de las monumentales montañas salteñas.

SALTA *De San Carlos a La Poma*

Tiempo calchaquí

Crónica de un viaje por la Ruta 40 a través de los Valles Calchaquíes. Entre cerros veteados de azul, violeta y naranja aparecen pueblos como Molinos, Angastaco, Seclantás y Cachi, donde aún quedan casas de adobe y gente sin apuro que sigue mirando el sol para saber las horas del día.

TEXTO Y FOTOS: ALEJO SCHATZKY

El valle se angosta y extrañas formaciones rocosas comienzan a encajonar la ruta. A mano izquierda, oculto tras paredones de piedra blanca, está Angastaco, un pueblo olvidado por quienes recorren los Valles que, sin embargo, merece una visita detallada. Sus habitantes reciben cortésmente al turista, pero sin sorpresa. Despojados de prisas y apuros tienen un vínculo especial con el tiempo y el entorno. Si uno les pregunta la hora no miran la muñeca, miran el sol, y difícilmente equivocan la respuesta.

Angastaco es uno de los tantos pueblos salteños enclavados en los Valles Calchaquíes que aparecen –entre San Carlos y La Poma– al costado o después de un desvío de la mítica Ruta 40. En ese tramo comienza la parte más agreste de los Valles; el camino se vuelve áspero y el paisaje menos real. En cada curva aparecen cerros de roca desnuda de colores que van del gris claro al morado, con vetas azules, violetas y anaranjadas, y al pie de los cerros alguna casa mimetizada, con su galería que brinda el único reparo al sol calchaquí.

De pronto un verdor inusitado altera la sequedad del valle. Son los aguaribayes –que los lugareños llaman molles–, que anuncian la llegada a Molinos, un pueblo chico de calles arboladas y casas de adobe con techos de barro, donde el paso del tiempo parece no haber dejado huella.

Esta región fue habitada antiguamente por tribus pertenecientes a la cultura tiwanaku. Se dedicaban a la agricultura y a la cría de llamas y vivían en una paz relativa hasta la llegada de los incas, en el siglo XV, que impusieron su lengua y su cultura. Pero no mucho después llegaron los españoles y con ellos las guerras y la deportación, método que causó la desaparición de muchas etnias aborígenes americanas. De la época preincaica se conservan el arte del telar y la cerámica, y del legado incaico el culto a la Pachamama, ciertas voces quechuas y un sincretismo con el catolicismo que se observa en las ceremonias religiosas.

El pueblo, ubicado a 2100 metros de altura, fue fundado en 1659 con el nombre de San Pedro Nolasco de los Molinos en las tierras fértiles que los calchaquíes debieron abandonar y que fueron entregados a los españoles en calidad de botín de guerra (o como se lee en los libros de historia: "en retribución a sus méritos militares"). De ese año data la Iglesia de Molinos, hoy declarada Monumento Histórico Nacional, aunque su dintel está fechado en 1692, año en que fue refaccionada.

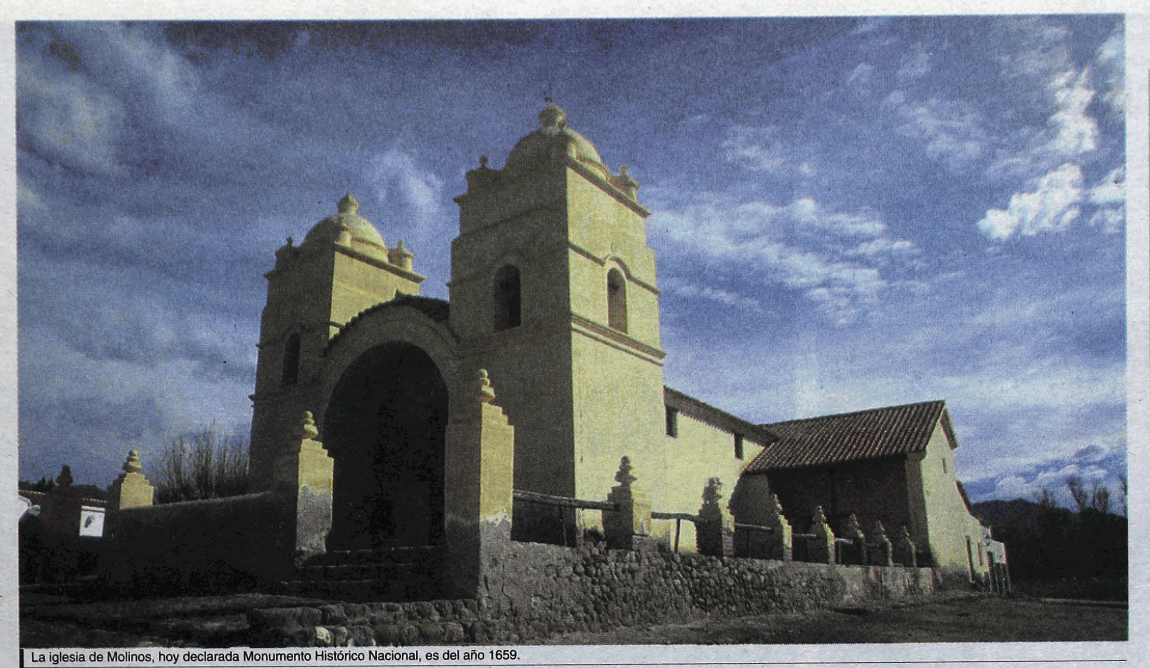
Frente a la iglesia se ubica la Finca Isasmendi, que también es del siglo XVII. Desde hace unos años funciona allí el Hostal de Molinos, sin duda la mejor opción de alojamiento en el pueblo. Aún se conservan partes del edificio original y el patio central, casi totalmente ocupado por un molle centenario. El 80 por ciento de

DATOS UTILES

Dónde alojarse: En Angastaco hay una hostería que cobra $7 por persona con baño compartido y $10 con baño privado, y un hotel que cobra $35 la doble con desayuno. En el Hostal de Molinos la habitación doble cuesta $85. En Cachi hay habitaciones económicas y cabañas por $10, y hoteles que cobran desde $30 a $60 la doble. En Cachi Adentro, la Casa del Molino cobra $130 la doble. En Seclantás hay una hostería que cobra $30/$40 la doble. En La Poma entre $8 y $20 por persona. En todos estos sitios es posible acampar.
Combustible: Aunque por alguna misteriosa razón no aparece en los mapas, hay una estación de servicio en Angastaco. También hay en Cachi y en Molinos.



Como una flecha de asfalto, la Ruta 40 atraviesa los valles. Y el cartel alerta sobre el viento.



La iglesia de Molinos, hoy declarada Monumento Histórico Nacional, es del año 1659.



Un alto en el camino de ripio para que pase el rebaño.

los turistas que se hospedan aquí son extranjeros, por eso no sorprende que las inscripciones que cubren las paredes del comedor estén en diversos idiomas. Casi todas testimonian las aventuras de los escribas en tierras calchaquíes y concuerdan en alabar las virtudes de Doña Nicolasa, la cocinera del hostal, cuyo budín de manzanas es –a entender de este cronista– tan bueno como para escribir paredes.

Más al norte, en Seclantás, un pueblo colonial más pequeño que Molinos, el calor de la siesta deja desiertas sus pocas calles. Sólo se ve a un viajero fotografiando la iglesia amarilla del siglo XIX y a unos chicos que se agolpan frente a la cámara. "Vení pues", llama uno a los gritos a otro que se esconde, "vení que nos van a sacar una fotocopia".

CACHI ADENTRO Enfilando siempre hacia el norte, la ruta se convierte, por tramos, en camino de cornisa. De a poco comienzan a aparecer ranchos y caseríos, chacras donde álamos añosos protegen a los frutales –en su mayoría ciruelos y membrillos– del viento que sabe soplar del norte. En el poniente comienzan a verse las siluetas azules de unos cerros nevados, a lo lejos. Hemos llegado a Cachi, un pueblo blanco y extremadamente limpio con calles de piedra que ofrecen un momentáneo alivio al polvaredal infinito que es la Ruta 40, aunque en realidad el único descanso lo dan los puentes, que se cruzan despacito para saborear cada milímetro de pavimento, efímero y extático como los buenos momentos.

Los tres sitios más llamativos del pueblo son la Iglesia de San José (Monumento Histórico Nacional), el Museo Arqueológico, con su valiosa colección de objetos de las culturas calchaquíes (incluye una momia y un menhir) y el camping municipal, forestado con cipreses y otras coníferas que cobijan a todos los pajaritos de la zona. Pero aún más bonito que Cachi es Cachi Adentro, unos kilómetros más allá, donde los arroyos que bajan de los nevados crean pequeñas cascadas y piletones de aguas transparentes.

A partir de aquí el camino asciende y el paisaje cambia radicalmente: un cordón de montañas imponentes se alza al oeste y a medida que avanzamos nuevos picos nevados comienzan a dejarse ver. La ruta cruza el río Calchaquí y lo deja bien abajo, lamiendo los pies de los cerros. Sobre el camino desierto, el ripio a veces rojo, a veces negro, sólo algún rancho de piedra o un corral de pircas interrumpe la soledad del paisaje. Finalmente se llega a La Poma, a 3000 metros sobre el nivel del mar, un pueblo rodeado de montañas que más se parece a los pueblos del Altiplano que a los del valle. Moderno, ya que fue construido luego de que un terremoto destruyera el antiguo La Poma en 1930, no es demasiado atractivo. Sin embargo, el pueblo viejo es fascinante. Aunque aún hay gente que vive en las casas de adobe rojo que han sobrevivido al temblor, el lugar parece una ciudad fantasma, donde el viento recorre las calles llevando las arenas milenarias del valle.

La Ruta 40 sigue hacia el norte buscando el nacimiento del río Calchaquí e internándose en la Puna. Es el fin del viaje, y de aquí en adelante todo nuevo paso ya es regreso.

CAMPAÑA *Entre Europa y la Argentina*

Salta al asalto

Los salteños están lanzados a una intensa campaña de promoción turística de su provincia que incluso ha trascendido las fronteras de nuestro país. Así, con folletos, CD y la nueva página web de la Secretaría de Turismo, entre otros materiales, Salta llevó la imagen de su impactante geografía, así como los sabores de sus empanadas y comidas regionales y el espíritu de su vino, a las ferias internacionales de Alemania, Italia, España y Gran Bretaña. En los stands, los potenciales visitantes extranjeros pudieron admirar los paisajes y probar los productos salteños disfrutando al mismo tiempo de los bailes y la música folklórica.

Muy satisfecho con los resultados, el responsable turístico provincial, José Luis Gambetta, informó que una campaña similar se ha puesto en marcha en los principales centros comerciales de las ciudades de Buenos Aires y Córdoba, orientada a que los turistas argentinos visiten Salta en Semana Santa y en las vacaciones de invierno. Allí, los Valles Calchaquíes, el Tren a las Nubes, los circuitos turísticos y las excursiones alternativas y de aventuras esperan a los visitantes para que conozcan en su magnitud real lo que vieron en las fotos y folletos de los stands de promoción. En la Capital y el Gran Buenos Aires, el cronograma de la campaña –que empezó en el Unicenter Shopping–, continúa del 26 de marzo al 1º de abril en el Alto Palermo; del 2 al 8 de abril en el Alto Avellaneda y del 9 al 15 de abril en el shopping Paseo Alcorta. Después, el salto salteño al Patio Olmos de la ciudad de Córdoba para presentar entre el 3 y el 13 de mayo todo el bagaje de atractivos y productos de la provincia norteña.

Noticiero

El Tianguis de Acapulco



Con la misma decisión con la que los clavadistas mexicanos se arrojan a la bahía de Acapulco, centenares de operadores de viajes y periodistas especializados de todo el mundo se dan cita cada año en el Tianguis Turístico que se realiza en la legendaria ciudad balnearia de la costa del Pacífico. Allí, el inagotable México exhibe en el monumental Centro de Convenciones la infinita variedad de atractivos y servicios que posee en cada uno de sus estados. En su territorio, crispado por cadenas montañosas, se suceden paisajes tropicales y desérticos, selvas, lagos y lagunas, así como playas y bahías como para ver el amanecer sobre el mar –si se está en el Caribe– o el atardecer sobre el Pacífico, si se está en la costa occidental. Pero más allá de los fulgores de su naturaleza y de su geografía, México sacude a cualquier viajero por su historia y por los tesoros arqueológicos que ha preservado a lo largo de los siglos, testimonios de las culturas mayas, aztecas, mixtecas, zapotecas, olmecas, mexicas y nahuatl –por citar algunas de las más importantes– que poblaron y siguen poblando las regiones mexicanas. Entre el 19 y el 25 de abril, los operadores y agentes de viajes tendrán la posibilidad de conocer el potencial turístico-cultural de México en los diversos stands del Tianguis internacional, donde serán agasajados con la tradicional cortesía de ese gran país centroamericano.

FIN DE SEMANA EN EL CAMPO

Luciana es una joven argentina que vive y trabaja desde hace ocho años en el refugio de montaña La Maison Vieille. Nos habla un poco de su experiencia europea: "La gente de aquí trabaja todos los días en la ciudad (en Aosta, o en Turín), pero después los fines de semana van a trabajar a los campos, las viñas o a los cultivos de frutales. Es muy lindo cuando termina el verano, casi toda la gente joven va en masa a recoger manzanas y peras de las huertas. La fruta de acá es buenísima, sobre todo los frutti di bosco". Tiene razón; hay que decir que aquí probamos la fruta más rara y sabrosa del mundo, los rives, unas especies de bolitas púrpura que crecen en racimo, de sabor muy ácido parecido a las pepitas de granada.


Claustros medievales del convento de Sant Orso.


La nieve del Monte Bianco reverbera de luz en la mañana.

ITALIA *En el Valle D'Aosta*

El paisaje sublime

En la frontera entre Italia y Francia, la región del Valle D'Aosta es acaso la más fascinante de los Alpes y un arquetipo del paisaje romántico: bajo las luces y sombras del Monte Bianco, la cumbre más alta de Europa, se alzan ruinas romanas y castillos medievales, testimonios de una historia que se remonta a los misteriosos tiempos de los pueblos celtas.

TEXTO Y FOTOS: . FLORENCIA PODESTA

La ruta se encaja en el valle estrecho que gana altura progresivamente, un corredor entre acantilados grandiosos. Montañas escarpadas, muros verticales de granito brillan como brasas entre el follaje verdísimo, casi selvático, de la "bassa valle". Cada pueblo que dejamos atrás es un racimo de casitas grises y capillas con altas y gráciles torres románicas; estas construcciones con muros y techo de piedra datan de la Edad Media, y algunas son incluso más antiguas.

Tal vez sea por la luz del crepúsculo que transforma todo lo que toca en fuego, o tal vez por esa densidad de la luz que se acumula en los lugares donde naturaleza e historia humana son muy, muy antiguas, lo cierto es que ante nuestros ojos se encarna un arquetipo de la imaginación romántica del siglo XIX: el paisaje sublime. Todo en el Valle D'Aosta parece un ideal brotado de la mente de Byron, de Rilke o de Leopardi: el Monte Bianco/Mont Blanc con sus cumbres y agujas de granito envueltas siempre en nubes, ruinas romanas y castillos medievales semiderruidos inmersos en el paisaje áspero y montuoso. De hecho, fueron los viajeros británicos del siglo pasado quienes "descubrieron" y divulgaron la belleza del valle: para el espíritu romántico de la época éstas eran las visiones más pintorescas y a la moda, y desde un punto de vista menos frívolo, aquellas que encarnaban la esencia de lo sublime kantiano, uno de los conceptos fundamentales del romanticismo. Uno de los pintores de lo sublime por excelencia, el romántico inglés Joseph Mallord William Turner, viajó mucho por la región; algunas de sus obras más hermosas tienen por sujeto escenas del Valle D'Aosta y, sobre todo, las luces y sombras del Monte Bianco.

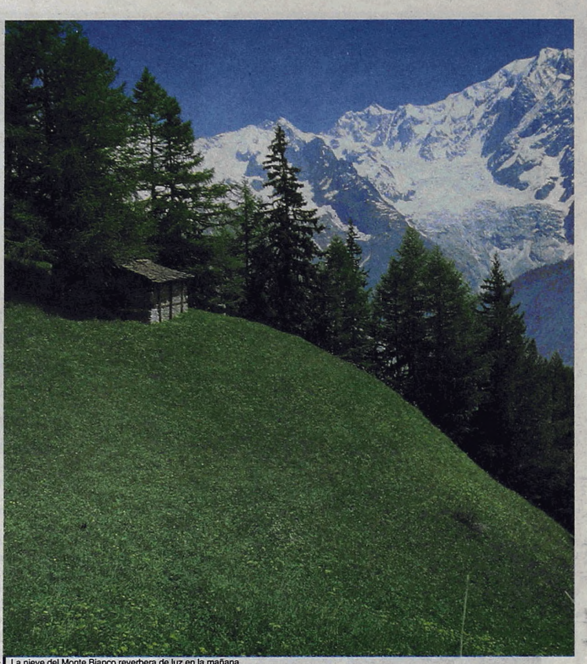
SI ES FONTINA, ES VALDOSTANO En una naturaleza que hoy vemos bellísima pero que en otro tiempo era también avara e inhóspita, los valdostanos vivieron durante miles de años. Una historia testimoniada por la arquitectura: las aldeas se hicieron compactas para ahorrar la poca tierra cultivable, y todo en la comunidad era concebido para ser autosuficientes durante el aislamiento invernal. Aquí, las costumbres medievales prevalecieron hasta hace unas décadas. Durante los veranos, todo el pueblo se organizaba para ir a segar el heno para el invierno. Lo hacían a mano, con la hoz, lo ponían en carretas y lo guardaban en unos depósitos comunes. También en cada pueblo había un horno comunal, en donde toda la gente, pagando muy poco, podía usarlo para hornear su pan. Pero ahora todo eso cambió; al heno lo siegan unas máquinas que parecen escarabajos gigantes: lo tragan por un lado y lo escupen por el otro, en forma de cilindro, listo para empaquetar y trasladar. Los hornos comunales fueron reemplazados por panaderías, aunque todavía queda uno en Morgex. Y puede decirse que algunas panaderías conservan la receta tradicional del pan de centeno molido con molino de piedra, sin levadura. Lo que todavía se realiza en el seno de cada familia igual que en el pasado son los quesos. La fontina es "el" queso valdostano. Cualquier valdostano se ríe incrédulo cuando decimos que en nuestro país se fabrica el queso fontina. "Es imposible", dicen sin la más mínima duda, "la fontina es sólo valdostana, porque para que adquiera las características exactas de una fontina, y no de cualquier otro queso, precisa la leche de las vacas valdostanas, que comen la hierba valdostana, y para fermentar y estacionarse precisa del aire valdostano,

FIN DE SEMANA EN EL CAMPO

Luciana es una joven argentina que vive y trabaja desde hace ocho años en el refugio de montaña La Maison Vieille. Nos habla un poco de su experiencia europea: "La gente de aquí trabaja todos los días en la ciudad (en Aosta, o en Turín), pero después los fines de semana van a trabajar a los campos, las viñas o a los cultivos de frutales. Es muy lindo cuando termina el verano, casi toda la gente joven va en masa a recoger manzanas y peras de las huertas. La fruta de acá es buenísima, sobre todo los frutti di bosco". Tiene razón; hay que decir que aquí probamos la fruta más rara y sabrosa del mundo, los rives, unas especies de bolitas púrpura que crecen en racimo, de sabor muy ácido parecido a las pepitas de granada.



Claustros medievales del convento de Sant Orso.



La nieve del Monte Bianco reverbera de luz en la mañana.

PARA ESQUIAR, ESCALAR Y CAMINAR

Con casi 5000 metros de altura, el Monte Bianco/Mont Blanc es la cumbre más alta de Europa, y uno de los centros de esquí y de alpinismo más antiguos del continente. La ciudad base para las excursiones de escalada y esquí es Courmayeur. Allí funciona la prestigiosa Società delle Guide Alpine di Courmayeur, la asociación de guías de montaña, fundada en 1850, más antigua de Italia, y la segunda más antigua del mundo después de Chamonix.

En el Valle D'Aosta también existe uno de los parques nacionales más antiguos de Europa, el Parque Nacional Gran Paradiso. Es un lugar insuperable para caminar por las montañas y los bosques, ver glaciares de cerca y los famosos "stambecchi" y "camosci", ciervos y cabras salvajes. Su historia es bastante interesante. Fue instituido en 1922, pero en realidad la reserva ya había sido creada en 1821 por el rey Vittorio Emanuele II, ecologista precoz, en un terreno de caza de su propiedad para proteger de la extinción a los stambecchi.



Malvones en la antigua ventana de una casona de piedra.

La curiosa fachada de la iglesia de Aosta.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Por tren o por ruta desde Turín (2 hs.), o desde Milán (3.30 hs.). Por aire, AirVallée vuela desde París y desde Roma hasta Aosta; el ticket vale entre U$S 100 y 150. El prefijo telefónico es 0039165.

Alojamiento: Courmayeur, Aosta y Gressoney-St-Jean son los sitios con más oferta hotelera, aunque cada pueblo del valle tiene sus bellas posadas. Courmayeur cuenta con varios pequeños albergues y posadas, y algunos hoteles 4 estrellas con "extras" como piscina interna y externa climatizada, y spa con hidromasaje, sauna, fitness center, etc.: Gallia Gran Baita (tel 844040, fax 844805); Grand Hôtel Royal & Golf, (tel 831611, fax 842092); Hôtel Pavillon (tel 846120, fax 846122); Auberge de la Maison (tel 869811, fax 869759).

Dónde comer: Es difícil no comer bien en Italia. Algunos restaurantes populares en Courmayeur: Pierre Alexis 1877, ya clásico, explora la veta francesa de la tradición valdostana; Le Vieux Pommier, su fuerte son las especialidades valdostanas como la raclette, bourguignonne y las varias clases de fonduta o fondue. Para socializar se recomienda el bar-pizzería Du Parc, y el Café del Guides, el tradicional punto de reunión de los "guide alpine" y fanáticos afines.

ITALIA *En el Valle D'Aosta*

El paisaje sublime

En la frontera entre Italia y Francia, la región del Valle D'Aosta es acaso la más fascinante de los Alpes y un arquetipo del paisaje romántico: bajo las luces y sombras del Monte Bianco, la cumbre más alta de Europa, se alzan ruinas romanas y castillos medievales, testimonios de una historia que se remonta a los misteriosos tiempos de los pueblos celtas.

TEXTO Y FOTOS: FLORENCIA PODESTA

La ruta se encaja en el valle estrecho que gana altura progresivamente, un corredor entre acantilados grandiosos. Montañas escarpadas, muros verticales de granito brillan como brasas entre el follaje verdísimo, casi selvático, de la "bassa valle". Cada pueblo que dejamos atrás es un racimo de casitas grises y capillas con altas y gráciles torres románicas; estas construcciones con muros y techo de piedra datan de la Edad Media, y algunas son incluso más antiguas.

Tal vez sea por la luz del crepúsculo que transforma todo lo que toca en fuego, o tal vez por esa densidad de la luz que se acumula en los lugares donde naturaleza e historia humana son muy, muy antiguas, lo cierto es que ante nuestros ojos se encarna un arquetipo de la imaginación romántica del siglo XIX: el paisaje sublime. Todo en el Valle D'Aosta parece un ideal brotado de la mente de Byron, de Rilke o de Leopardi: el Monte Bianco/Mont Blanc con sus cumbres y agujas de granito envueltas siempre en nubes, ruinas romanas y castillos medievales semiderruidos inmersos en el paisaje áspero y montuoso. De hecho, fueron los viajeros británicos del siglo pasado quienes "descubrieron" y divulgaron la belleza del valle: para el espíritu romántico de la época éstas eran las visiones más pintorescas y a la moda, y desde un punto de vista menos frívolo, aquellas que encarnaban la esencia de lo sublime kantiano, uno de los conceptos fundamentales del romanticismo. Uno de los pintores de lo sublime por excelencia, el romántico inglés Joseph Mallord William Turner, viajó mucho por la región; algunas de sus obras más hermosas tienen por sujeto escenas del Valle D'Aosta y, sobre todo, las luces y sombras del Monte Bianco.

SI ES FONTINA, ES VALDOSTANO En una naturaleza que hoy vemos bellísima pero que en otro tiempo era también avara e inhóspita, los valdostanos vivieron durante miles de años. Una historia testimoniada por la arquitectura: las aldeas se hicieron compactas para ahorrar la poca tierra cultivable, y todo en la comunidad era concebido para ser autosuficientes durante el aislamiento invernal. Aquí, las costumbres medievales prevalecieron hasta hace unas décadas. Durante los veranos, todo el pueblo se organizaba para ir a segar el heno para el invierno. Lo hacían a mano, con la hoz, lo ponían en carretas y lo guardaban en unos depósitos comunes. También en cada pueblo había un horno comunal, en donde toda la gente, pagando muy poco, podía usarlo para hornear su pan. Pero ahora todo eso cambió; al heno lo siegan unas máquinas que parecen escarabajos gigantes: lo tragan por un lado y lo escupen por el otro, en forma de cilindro, listo para empaquetar y trasladar. Los hornos comunales fueron reemplazados por panaderías, aunque todavía queda uno en Morgex. Y puede decirse que algunas panaderías conservan la receta tradicional del pan de centeno molido con molino de piedra, sin levadura. Lo que todavía se realiza en el seno de cada familia igual que en el pasado son los quesos. La fontina es "el" queso valdostano. Cualquier valdostano se ríe incrédulo cuando decimos que en nuestro país se fabrica el queso fontina. "Es imposible", dicen sin la más mínima duda, "la fontina es sólo valdostana, porque para que adquiera las características exactas de una fontina, y no de cualquier otro queso, precisa la leche de las vacas valdostanas, que comen la hierba valdostana, y para fermentar y estacionarse precisa del aire valdostano, de este clima particular, de esta altitud y esta sequedad, y estos gérmenes". ¿Fontina argentina? No, imposible", y despiden el asunto con una sonrisa irrefutable.

HABLANDO EN "PATOIS" Los valdostanos son gente orgullosa de sus tradiciones y de su origen provenzal. Tanto es así que el bilingüismo Italo-francés es obligatorio para trabajar. El dialecto valdostano, el *patois*, proviene de la famosa Langue D'Oc, un dialecto desaparecido que se hablaba en la Edad Media en el sur de Francia, tierra de juglares y cátaros. Su pasado registrado (después de los misteriosos celtas) se remonta al año 25 a.C., cuando el emperador Augusto fundó la ciudad Augusta Praetoria Salassorum, devenida Aústa y luego Aosta en los juegos del habla a través de los siglos. Esta ciudad custodiaba el valle, portal estratégico en los Alpes para la tierra de los galos recientemente conquistada. Cinco siglos de romanidad dejaron sus huellas en grandes empresas arquitectónicas, como la propia ciudad de Aosta, los fabulosos diecisiete puentes a lo largo de toda la Dora (el río que baja del Monte Bianco hasta la llanura) y sus afluentes, y el camino consular de la Galia, usado luego por los Cruzados. Luego, a comienzos del siglo X, la región ya formaba parte del reino de Savoya, una señoría que duró hasta el nacimiento del reino de Italia. Sin embargo siempre fue una provincia autónoma, con leyes, costumbres y autoridades aparte. El Medioevo dejó las huellas más espectaculares: Arvier, La Salle, Fénis, Verres, Issogne, Villeneuve, castillos y fuertes de piedra en las cimas rocosas, y también bellísimas iglesias y capillas tan pequeñas y preciosas como joyas románicas.

En otro tiempo mucho más misterioso, el valle era tierra de los celtas. De ellos sólo quedan algunos dólmenes en lugares estratégicos; por lo general, pasos altos de montaña entre Francia e Italia. Pero una materia mucho más sutil se filtró a través de los siglos: la creencia en las brujas, las hadas, los duendes, los seres mágicos de los bosques y la montaña. Hasta hace menos de un siglo la gente temía internarse en las zonas de alta montaña, cubiertas siempre de niebla, por miedo a los espíritus de la montaña. Incluso ahora, subterráneamente y por supuesto en la cara oculta de una doble vida, hay brujos y brujas que se dedican a contactarse con los espíritus de la naturaleza, que hoy se llaman "energías" de la Tierra.

PARA ESQUIAR, ESCALAR Y CAMINAR

Con casi 5000 metros de altura, el Monte Bianco/Mont Blanc es la cumbre más alta de Europa, y uno de los centros de esquí y de alpinismo más antiguos del continente. La ciudad base para las excursiones de escalada y esquí es Courmayeur. Allí funciona la prestigiosa Società delle Guide Alpine di Courmayeur, la asociación de guías de montaña, fundada en 1850, más antigua de Italia, y la segunda más antigua del mundo después de Chamonix.

En el Valle D'Aosta también existe uno de los parques nacionales más antiguos de Europa, el Parque Nacional Gran Paradiso. Es un lugar insuperable para caminar por las montañas y los bosques, ver glaciares de cerca y los famosos "stambecchi" y "camosci", ciervos y cabras salvajes. Su historia es bastante interesante. Fue instituido en 1922, pero en realidad la reserva ya había sido creada en 1821 por el rey Vittorio Emanuele II, ecologista precoz, en un terreno de caza de su propiedad para proteger de la extinción a los stambecchi.



Malvones en la antigua ventana de una casona de piedra.



La curiosa fachada de la iglesia de Aosta.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Por tren o por ruta desde Turín (2 hs.), o desde Milán (3.30 hs.). Por aire, AirVallée vuela desde París y desde Roma hasta Aosta; el ticket vale entre U$S 100 y 150. El prefijo telefónico es 0039165.

Alojamiento: Courmayeur, Aosta y Gressoney-St-Jean son los sitios con más oferta hotelera, aunque cada pueblo del valle tiene sus bellas posadas. Courmayeur cuenta con varios pequeños albergues y posadas, y algunos hoteles 4 estrellas con "extras" como piscina interna y externa climatizada, y spa con hidromasaje, sauna, fitness center, etc.: Gallia Gran Baita (tel 844040, fax 844805); Grand Hôtel Royal & Golf, (tel 831611, fax 842092); Hôtel Pavillon (tel 846120, fax 846122); Auberge de la Maison (tel 869811, fax 869759).

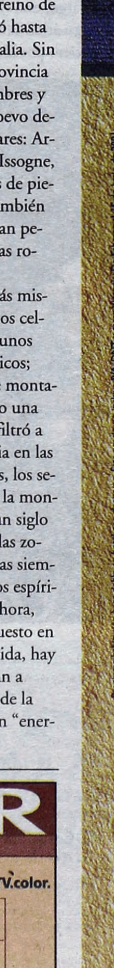
Dónde comer: Es difícil no comer bien en Italia. Algunos restaurantes populares en Courmayeur: Pierre Alexis 1877, ya clásico, explora la veta francesa de la tradición valdostana; Le Vieux Pommier, su fuerte son las especialidades valdostanas como la raclette, bourguignonne y las varias clases de fonduta o fondue. Para socializar se recomienda el bar-pizzería Du Parc, y el Café del Guides, el tradicional punto de reunión de los "guide alpine" y fanáticos afines.

de este clima particular, de esta altitud y esta sequedad, y estos gérmenes". ¿Fontina argentina? No, imposible", y despiden el asunto con una sonrisa irrefutable.

HABLANDO EN "PATOIS" Los valdostanos son gente orgullosa de sus tradiciones y de su origen provenzal. Tanto es así que el bilingüismo Italo-francés es obligatorio para trabajar. El dialecto valdostano, el *patois*, proviene de la famosa Langue D'Oc, un dialecto desaparecido que se hablaba en la Edad Media en el sur de Francia, tierra de juglares y cátaros. Su pasado registrado (después de los misteriosos celtas) se remonta al año 25 a.C., cuando el emperador Augusto fundó la ciudad Augusta Praetoria Salassorum, devenida Aústa y luego Aosta en los juegos del habla a través de los siglos. Esta ciudad custodiaba el valle, portal estratégico en los Alpes para la tierra de los galos recientemente conquistada. Cinco siglos de romanidad dejaron sus huellas en grandes empresas arquitectónicas, como la propia ciudad de Aosta, los fabulosos diecisiete puentes a lo largo de toda la Dora (el río que baja del Monte Bianco hasta la llanura) y sus afluentes, y el camino consular de la Galia, usado luego por los Cruzados.

Luego, a comienzos del siglo X, la región ya formaba parte del reino de Savoya, una señoría que duró hasta el nacimiento del reino de Italia. Sin embargo siempre fue una provincia autónoma, con leyes, costumbres y autoridades aparte. El Medioevo dejó las huellas más espectaculares: Arvier, La Salle, Fénis, Verres, Issogne, Villeneuve, castillos y fuertes de piedra en las cimas rocosas, y también bellísimas iglesias y capillas tan pequeñas y preciosas como joyas románicas.

En otro tiempo mucho más misterioso, el valle era tierra de los celtas. De ellos sólo quedan algunos dólmenes en lugares estratégicos; por lo general, pasos altos de montaña entre Francia e Italia. Pero una materia mucho más sutil se filtró a través de los siglos: la creencia en las brujas, las hadas, los duendes, los seres mágicos de los bosques y la montaña. Hasta hace menos de un siglo la gente temía internarse en las zonas de alta montaña, cubiertas siempre de niebla, por miedo a los espíritus de la montaña. Incluso ahora, subterráneamente y por supuesto en la cara oculta de una doble vida, hay brujos y brujas que se dedican a contactarse con los espíritus de la naturaleza, que hoy se llaman "energías" de la Tierra.



Noticiero

Tango angelical

La Secretaría de Turismo de la Nación participó de dos eventos en el mes de marzo en la ciudad de Los Angeles, en la costa oeste de Estados Unidos. Uno fue el "Concurso de Tango California 2001", organizado junto con The American Tango Association, y el otro "Los Angeles Times Travel Show", la exposición de turismo más importante de la costa oeste norteamericana, que se realiza en Long Beach. Con respecto al concurso de tango, el primer premio a la Mejor Pareja Americana consistió en una estadía de una semana (con clases de tango incluidas) en la ciudad de Buenos Aires. Respecto a la exposición "Los Angeles Times Travel Show", vale destacar que la Argentina fue el único país de Sudamérica que participó con un stand coronado por el logo de la Cruz del Sur. Esta exposición es organizada por *Los Angeles Times* y está dirigida tanto a consumidores finales como a agentes de viajes. Este año, la feria fue visitada por 14.000 personas y 800 agentes, y participaron más de un centenar de expositores, entre los que se contaban operadores turísticos, hoteles, empresas on-line, organismos nacionales y regionales de turismo.

El tango, sin duda un rasgo esencial de la identidad argentina en estos ámbitos internacionales, también marcó su compás en la exposición "Destinations 2001", que se realizó a principios de febrero en la capital británica. En el stand de nuestro país se presentaron shows y se impartieron clases de tango con la colaboración de la Academia de Tango de Londres. Insólito ¿no?... pero hasta a los ingleses les gusta el dos por cuatro.

Argentina joven

El turismo joven es un factor dinámico en el conjunto del fenómeno turístico. Con un promedio de crecimiento anual mundial de 7,3%, se ha desarrollado mucho más rápido que el turismo internacional en general. En relación a nuestro país, se estima que por su lejanía respecto a Europa y por contar todavía con destinos poco saturados, puede llegar a generar un aumento de la afluencia de jóvenes viajeros extranjeros.

Además de ser el estado más grande de Estados Unidos (después de Alaska), en Texas todo es grande: megafortunas, megapetroleros, megacentro espacial y megacentros médicos. Pero también las megaestancias, en cuyos campos galopaban los intrépidos cowboys que Hollywood supo transformar en héroes de leyenda.



TEXAS *De Houston y Dallas a Forth Worth y San Antonio*

Con las botas puestas

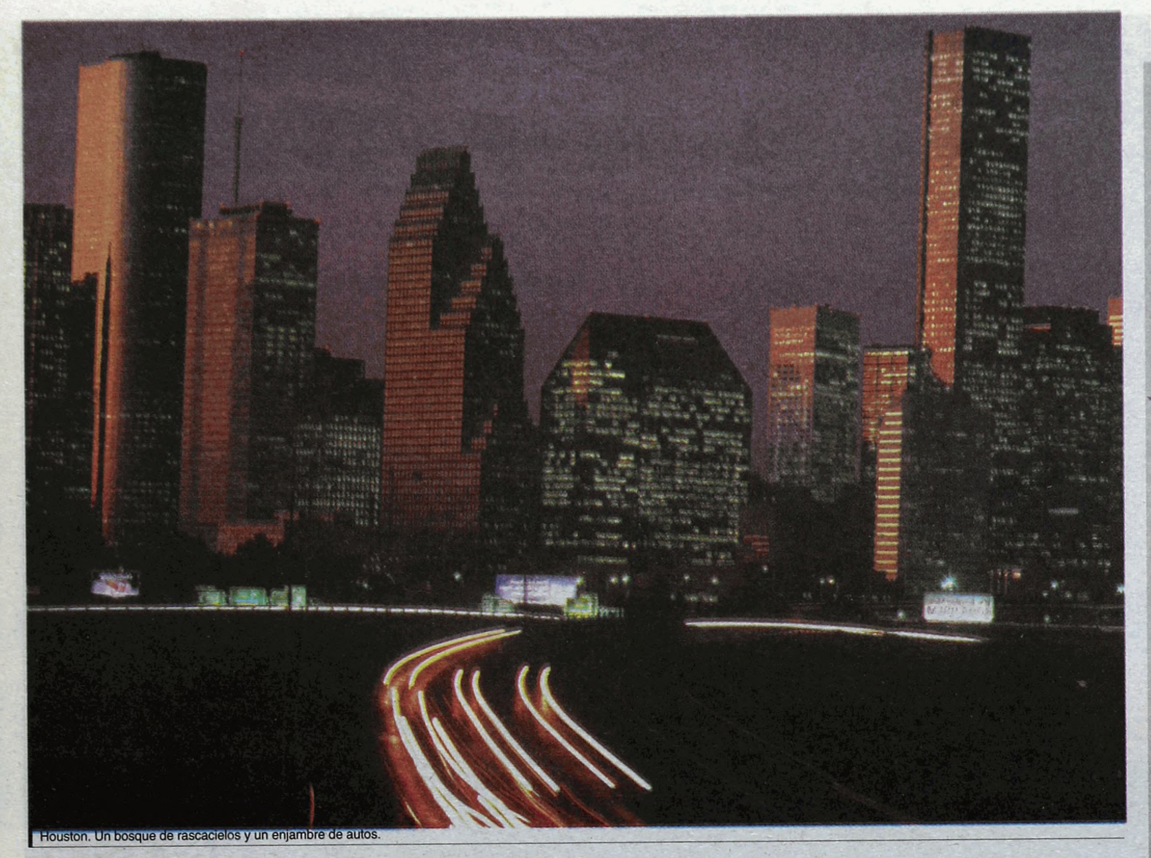
POR GRACIELA CUTULI

Tal vez para desquitarse de la infinitud de las llanuras texanas, Houston decidió crecer para arriba. El downtown, o centro administrativo, es un bosque de rascacielos que compiten en altura y formas originales, pero que comparten unánimemente la frialdad de sus paneles espejados y la soledad total de un sitio donde sólo se ven edificios o autos, pero nunca gente. Para algunos arquitectos, es la gloria de su oficio. Para otros, es "no una ciudad, sino un montón de megadólares acumulados hasta las nubes y encerrados en muros de vidrio espejado". Quizá por eso Houston, como Dallas, puede dar una dimensión precisa del *american way of life*, que consiste entre otras cosas en no bajarse nunca del auto y en no respirar jamás nada que no sea aire acondicionado. Sin embargo, esta ciudad famosa por sus laboratorios de física y biotecnología, así como por el centro médico más grande del mundo, por el que pasan anualmente dos millones de pacientes, es una buena puerta a este mundo-estado que es Texas.



Una escena del Lejano Oeste en los alrededores de Forth Worth.

A LO GRANDE Los texanos son colegas de los brasileños, si no en la riqueza en las desmesuradas dimensiones. Todo es grande en el más grande de los estados norteamericanos (después de Alaska), desde las estancias hasta las fortunas, pasando por los platos de carne capaces de dejar con los ojos bien abiertos al argentino más avezado en esas lides. Además, el estado de la estrella solitaria es el lugar ideal para sentirse como en los tiempos del Lejano Oeste (cerrando un poco los ojos para no ver la sucesión de McDonald's, Blockbuster y Kentucky Fried Chicken que jalonan los bordes de toda autopista respetable). Pero antes, de paso por Houston hay que rendirles homenaje a los tiempos de la conquista del espacio pasando por el Lyndon Johnson Space Center, a 40 kilómetros de la ciudad: allí se organizan visitas guiadas y didácticas al centro de entrenamiento de los astronautas. Houston también es el lugar perfecto para una sobredosis de shopping en la Galería, un inmenso y lujoso centro comercial que fue diseñado con cierto aire a la Galería Vittorio Emanuele de Milán. En



Houston. Un bosque de rascacielos y un enjambre de autos.

el campus de la Universidad de Texas, el Lyndon B. Johnson Institute permite echar una mirada a la vida en Estados Unidos en los años 60, y saliendo ya de la ciudad, en el King Ranch de Kingville se puede conocer la estancia más grande de Estados Unidos (o del mundo...): 825.000 hectáreas y miles de cabezas de ganado vacuno, donde se puede asistir a un rodeo, observar el trabajo de los cowboys o aprender a montar al estilo western.

Quien dice Texas, claro, dice también Dallas. Un nombre asociado al asesinato de John F. Kennedy –hoy casi medio millón de personas visita cada año el "sexto piso", el museo que conmemora la tragedia y el monumento blanco de Phillip Johnson–, pero también, más frívolamente, a JR. Sí, el de aquella serie mítica sobre el malvado, pero riquísimo jefe de los Ewing, con sus mansiones dignas de Hollywood y su inacabable saga de conflictos familiares. El antiguo dueño del ranch de Southfork, escenario de la serie –que fuera elegida durante un vuelo en helicóptero por los productores de "Dallas"– terminó mudándose, superado por la ola de turistas en busca de recuerdos del programa. Pero sigue abierta, para presenciar un rodeo u organizar un casamiento, a gusto del cliente (que, fortunas texanas obligan, tendrá que pagar varios miles de dólares si quiere disfrutar de las instalaciones para una cena íntima entre amigos).

ARTE Y MUSEOS Además de enriquecer los bolsillos de los JR o los Ross Perot, el petróleo texano sirvió para llenar al estado de museos y galerías de exposición de colecciones privadas. Como el Museo de Bellas Artes de Dallas, el Kimbell Art Museum de Fort Worth, el Museo de Bellas Artes de Houston. En la ciudad de JR se destaca la Colección Menil, fundada por una francesa emigrada a Estados Unidos, cuyo edificio fue diseñado por el italiano Renzo Piano, uno de los autores del Pompidou de París. En un ambiente sorprendentemente despojado y discreto, que contrasta con otros aspectos de la vida texana, el museo alberga obras de Magritte, Ernst, Braque, Léger y otros artistas del siglo XX.

Junto con Dallas, otra oda a los rascacielos, Fort Worth forma el "Metroplex", una gran aglomeración urbana que reúne a más de tres millones de habitantes (y se complace en rivalizar con Houston). Más pequeña –como suelen serlo otras capitales estatales norteamericanas, eclipsadas por ciudades más famosas– es Austin, sede del gobierno local.

Fort Worth, además de los negocios, es la puerta de entrada al "Lejano Oeste" texano. Allí donde los paneles vidriados dejan lugar a un acento fuerte, a veces incomprensible, a los sombreros de ala generosa que protegen de un sol abrasador y las famosas botas, imprescindibles en los tiempos en que todas las tropillas de ganado confluían en el mercado de la ciudad. Un fenómeno que mermó a partir de los años 50, cuando la Cow Town (ciudad de la vaca) quiso convertirse en la Now Town (ciudad del ahora): así fue que el mercado de ganado se transformó en cuartel general de salas de juego y espectáculos de strip-tease, mientras los rodeos y la música country comenzaban a convertirse más bien en folklore. Sin embargo, Fort Worth merece su fama: aquí no faltan sombreros, saloons ni muros pintados que rinden homenaje a los vaqueros. Por la noche, hay verdadero ambiente en el "White Elephant", un bar con sala de billar dignamente cubierta por nubes de humo y en "Billy Bob's", sólo apto para ávidos de western y cowboys.

UNA FRONTERA TEXICANA
Hay una París en Texas, y una Athens, ciudad naturalmente así bautizada por una comunidad griega. Pero tanto cosmopolitismo no le quita nada de la fuerte influencia hispana: este estado, en efecto, fue mexicano en su origen, y no se sumó a la bandera de las barras y las estrellas sino hasta 1845, con un efímero intento de independencia a sus espaldas. Hoy le quedan en común con México 1500 kilómetros de frontera, donde lo *tex-mex* deja de ser una cultura híbrida para convertirse en la tragedia de los que buscan a toda costa vivir del otro lado. En San Antonio, en el sur de Texas, alrededor de dos tercios del millón de habitantes son de origen mexicano: "No somos ni mexicanos ni norteamericanos, sino *tex-mex* o texicanos", aseguran algunos. La particularidad se ve en las caras, en las comidas y en el idioma, que ya merece un diccionario aparte por los cruces y mezclas de vocablos y expresiones.

El más glorioso de los monumentos de Texas es Fort Alamo, en San Antonio. "En el corazón de Estados Unidos, Texas seguirá siendo siempre una nación en sí misma. A partir de 1836, vivimos unos diez años de república independiente, reconocida en particular por Francia. Y la heroica resistencia de Fort Alamo encarna para siempre el mito fundador de nuestro país", dice un historiador de la región.

Dallas. Luces, lujo y el recuerdo del asesinato de John Kennedy.

Noticiero

Travesía en mountain bike

Del 31 de marzo al 3 de abril se organiza una travesía bonaerense de mountain bike en Sierra de la Ventana. El plan en esta travesía incluye el Parque Provincial Ernesto Tornquist, la Cueva del Toro y las pinturas rupestres, y Villa Ventana. Al día siguiente se recorren los senderos de la Estancia Las Vertientes y, después del almuerzo, la meta es llegar hasta Sierra de la Ventana, luego de 27 kilómetros de puro descenso y velocidad. En el último día, se recorrerán todos los senderos y cerros que rodean Sierra de la Ventana para terminar cruzando el río Sauce Grande pedaleando. El costo es $195 e incluye viaje de ida y vuelta, traslado de la mountain bike en trailler, todas las comidas, seguro médico, noche de refugio y noche de campamento, equipo de campamento, asistencia mecánica, bici de repuesto y equipo de radios. Informes: 4776-3727/ 15-4140-6064, e-mail mtbtours@arnet.com.ar www.mtbtours.com

Trekking cordobés

Las propuestas de excursiones vinculadas al llamado turismo de aventura van en aumento, sobre todo en estas fechas en que se acercan las minivacaciones de Semana Santa. Una de los lugares casi inevitables es a las Sierras de Córdoba y una de las propuestas es sumarse del 12 al 15 de abril a un trekking de travesía por Los Cajones, Cerro Blanco, Pampa de Achala, Los Gigantes y las Condoreras del Río Yuspe y Río Grande. La excursión es para grupos mixtos, cuenta con asesoramiento técnico personalizado por guías e instructores de montaña y no se requiere preparación física ni experiencia previa. Informes: Escuela de Montaña de Buenos Aires. Tel.: 4823-7569 y 7746. E-mail: luisrenteria@hotmail.com



Las colinas, las islas y el mar. Los dioses y sus templos derruidos. "Grecia continúa siendo un recinto sagrado, y estoy convencido de que lo seguirá siendo hasta el fin de los tiempos."

POR HENRY MILLER

LECTURAS *Henry Miller en Grecia*

El último oráculo

Entre las ruinas de Delfos, un amigo griego del escritor norteamericano pronuncia palabras finales del oráculo más famoso de la antigua Grecia. Emoción y reflexiones de ese momento único en este fragmento de "El coloso de Marussi", el libro que el autor de "Trópico de Cáncer" escribió después de su viaje en 1940.

Vista con esta extraña bruma crepuscular, Delfos parecía más sublime todavía, e inspiraba mayor terror del que me había imaginado. Sentí un verdadero alivio cuando, caminando por un sendero que llevaba a la cima del pequeño risco escarpado, encima del pabellón donde dejamos el automóvil, encontramos a un grupo de muchachos del pueblo que jugaban a los dados. Eso prestaba un leve toque humano a la escena. Desde las altas ventanas del pabellón, construido según las líneas sólidas y amplias de una fortaleza medieval, divisaba el otro lado de la garganta y, al levantarse la bruma, se hizo visible el trozo de mar que estaba más allá del oculto puerto de Itea. En cuanto dejamos los equipajes, nos fuimos en busca de Katsimbalis, a quien encontramos en el hotel Apolo: creo que era el único cliente que había tenido el hotel desde la marcha de H. G. Wells, bajo cuyo nombre firmé en el registro, a pesar de que no me instalé allí. Wells tenía una caligrafía pequeña y muy fina, casi femenina, como la de una persona muy modesta y discreta; pero eso no es nada extraordinario, ya que hay muchos ingleses con ese tipo de letras.

Llovía a la hora de cenar, y decidimos ir a un pequeño restaurante situado junto a la carretera. El lugar estaba frío como la tumba. Nos sirvieron una cena ligera, que acompañamos con abundantes libaciones de vino y coñac. Disfruté inmensamente en esa cena, debido tal vez a que tenía ganas de hablar. Como sucede frecuentemente cuando se llega por fin a un sitio impresionante, la conversación no tenía nada que ver con el paisaje que nos rodeaba. Recuerdo vagamente la expresión de asombro que pusieron Ghika y Katsimbalis cuando me lancé a describir el paisaje americano. Creo que la descripción versó sobre Kansas; de todos modos fue un vacío y monótono relato capaz de hacerlos dormir de aburrimiento.

(...)

Había llegado el momento de visitar las ruinas, de extraer los últimos jugos proféticos del desaparecido ombligo del mundo. Trepamos por la colina hasta llegar al teatro, y desde allí contemplamos los destrozados tesoros de los dioses, los templos en ruinas, las derribadas columnas, intentando en vano recrear el esplendor de este antiguo lugar. Especulamos largamente sobre la posición exacta de la ciudad, que hasta el presente sigue siendo desconocida. De repente, mientras permanecíamos en reverente silencio, Katsimbalis avanzó a grandes zancadas hasta el centro de la escena y, elevando los brazos hacia el cielo, pronunció las palabras finales del último oráculo. Fue un momento impresionante, y es lo menos que se puede decir. Durante un segundo pareció que el telón se alzaba sobre un mundo que no había perecido realmente, sino que había pasado como una nube por el cielo y que se conservaba intacto, inviolado, esperando el día en que, recobrando su significado, el hombre lo devolvería a la vida. Durante los segundos que tardó Katsimbalis en pronunciar las palabras, tuve tiempo de contemplar en toda su amplitud la ancha avenida de la locura humana, y, no viendo fin a esta perspectiva, experimenté una aguda sensación de angustia y tristeza que no tenía nada que ver con mi propio destio, sino con el de la especie a la que, por mera casualidad, perteecía.

(...)

Después de dar vueltas entre las rotas columnas, ascendimos por el tortuoso sendero que lleva al estadio. Katsimbalis se quitó el abrigo, y con zancadas de gigante midió el estadio de cabo a rabo. La vista era espectacular. El estadio está situado exactamente debajo del pico de la montaña; se tiene la impresión de que, una vez acabada la carrera, los aurigas debieron hacer saltar sus corceles sobre la cima y lanzarse al azul. La atmósfera es sobrehumana, enervante hasta un grado de locura. Todo lo que hay de extraordinario y milagroso en Delfos guarda aquí relación con el recuerdo de los juegos que se disputaban en las nubes. Al dar la vuelta para irme, vi a un pastor que llevaba su rebaño por la cima. Su silueta se destacaba tan claramente sobre el cielo, que parecía estar bañado en un aura violeta. Los corderos avanzaban lentamente sobre el suave espinazo de la montaña, dejando un fino polvo dorado, como si emergieran soñolientos de las muertas páginas de un idilio olvidado.

En el museo de Tebas volví a ver las colosales estatuas que no habían dejado de perseguirme y, finalmente, nos detuvimos ante la asombrosa estatua de Antinoo, el último de los dioses. Inevitablemente, comparé el contraste que presenta esta maravillosa idealización piedra de la eterna dualidad del hombre, tan atrevida, sencilla, tan perfectamente griega en su mejor sentido, con esa creación literaria de Balzac, *Seraphita*, que es vaga y misteriosa y, humanamente hablando, poco convincente. Nada puede explicar mejor la transición de la concepción pagana de la vida a la cristiana, que esta enigmática figura del último dios que pisó la Tierra y se arrojó al Nilo. Acentuando las cualidades espirituales del hombre, el cristianismo logró solamente separarlo de su cuerpo; como ángel, la fusión de los sexos desembocó en el sublime y espiritual ser que en esencia es el hombre. Los griegos, por su parte, dieron corporeidad a todas las cosas y, de este modo, encarnaron y eternizaron el espíritu. En Grecia se tiene siempre una sensación de eternidad; en cuanto se regresa al mundo occidental, sea Europa o América, esa sensación corporal, de eternidad, de espíritu encarnado, se reduce a la nada. Nos movemos en un tiempo mecanizado entre los restos de mundos desaparecidos, inventando los instrumentos de nuestra propia destrucción, olvidadizos del sino o destino, sin conocer un momento de paz, sin tener una onza de fe, presos de las más negras supersticiones, no desempeñando funciones físicas ni espirituales, actuando no como individuos sino como microbios en un organismo enfermo.